

Stephen Spender

IMÁGENES EN ESPAÑA

The Spectator, Londres (30 de julio de 1937), traducción de Leticia Neria

Antes de que dejáramos Minglanilla –un pueblo entre Valencia y Madrid, donde nos ofrecieron un banquete y, después del banquete, bailamos con los niños mientras las mujeres sin sus maridos estaban llorando alrededor–, una mujer me llevó a su casa, me mostró fotografías de sus dos hijos, ambos en el frente de Madrid, e insistió en darme media docena de salchichas, casi la mitad de todas las que ella tenía, pues estaba segura de que tendría hambre antes de que llegáramos a Madrid. Después, los que éramos del Congreso Internacional de Escritores, subimos en nuestros coches, y, como mi coche esperaba a que avanzara la caravana, una anciana mendiga avanzó delante de la multitud para pedirme algo de dinero. Estaba a punto de darle algunas monedas cuando un chico saltó al frente y exclamó, con un gesto apasionado, «No, no, no le dé nada. Los españoles no aceptamos limosna».

Este pequeño incidente se encuentra en mi mente junto con otros varios que van a plasmarse en lo que sólo puedo llamar la seriedad del movimiento del pueblo español. Otra fue mi sorpresa cuando contemplé con mis propios ojos que la Ciudad Universitaria –con los edificios del Gobierno separados sólo por algunos metros de aquellos tomados por los rebeldes– es aún utilizada como un lugar para el estudio; en sus salones casi destruidos, con sus paredes perforadas por las balas, los soldados asisten a clases.

La bienvenida dada al Congreso Internacional de Escritores por la gente de los pueblos pequeños, por los soldados en las trincheras, por una delegación de trabajadores de tranvías en Madrid, por la gente común en las calles, en cafés, en peluquerías, en bares, si se daban cuenta de que uno era miembro del Congreso, eran todas señales de que la gente española ha adquirido esa pasión por la educación y la cultura popular que va unida a un cambio revolucionario fundamental en la vida de una nación. Fue nuestra fortuna simbolizar la cultura popular para ellos, y esto explica la calurosa acogida que recibimos.

Para mí, quizá la más fuerte de mis impresiones de Madrid fue aquella en el interior de una gran y amplia iglesia en las afueras de la ciudad –muy cerca, creo, de esa parte del frente llamada la Casa de Campo–, donde una vasta colección de tesoros de palacios e iglesias de Madrid ha sido reunida. El interior abovedado, lúgubre y vasto de la iglesia, con su congregación de carrozas reales, crucifijos, candelabros, tape-tes, cerámica, era como la reunión de todos los siglos en un solemne baile de gala, no de gente, sino de objetos. Nuestra pequeña fiesta del Congreso estaba como fuera de lugar, como si un miembro de la audiencia estuviera en el escenario. Hicimos que Julien Benda se sentara en un carro real, el cual le venía muy bien; Egon Kisch se veía guapo con una peluca del siglo XVIII, pero aparte de estos valientes intentos aislados, no conseguimos adaptarnos a nuestro alrededor. Yo no hice ningún intento por zambullirme en el pasado. Al

contrario, pensé en filmar películas en este escenario, particularmente una película de propaganda, para mostrar que la República se preocupa por los tesoros artísticos de España. En esta iglesia, todos los trabajos de arte menor de los palacios y las iglesias de Madrid han sido reunidos. A lo largo de los pasillos, en bóvedas y en capillas, fueron colocados miles de lienzos, una variada y desigual colección de cerámica, crucifijos de marfil, relojes antiguos, joyería, abanicos, y en una bóveda, tantas imágenes de santos que sólo pudimos abrirnos camino entre ellos a lo largo de la estrecha pasa-rela que habían dejado discretamente. Nuestro guía explicó que esta bóveda había sido el hogar de lo que Franco llama la «Quinta columna» de sus aliados en Madrid. Pero algunos de los escritores franceses alzaron su puño en vigorosa respuesta a un San Antonio, cuya apretada mano estaba levantada en un eterno «Salud». Hay traidores en ambos campos.

Todo en esta colección fue catalogado, poniendo el nombre del palacio o la iglesia de donde fue tomado, así como su número en el depositario. Entre las pinturas catalogadas aquí y en los sótanos de Madrid, tomadas de colecciones privadas, hay 27 Grecos, 8 Rubens, 13 Zurbaranes, 51 Goyas, 9 Tizianos, 6 Tintoretos, 6 Tiépolos, etc. Varias pinturas y varias primeras ediciones y manuscritos han visto la luz por primera vez.

Otras pinturas y tesoros están en bodegas a prueba de bombas y de humedad, en Madrid. Las pinturas de El Prado están en bóvedas y bodegas en Valencia, cada una empacada para que esté protegida de la humedad. Miembros del Gobierno me aseguraron que nada de estas colecciones ha sido destruido o (como ha sido dicho) entregado al gobierno ruso a cambio de aviones. Las únicas pinturas que han salido del país son aquellas prestadas a París para la Exposición de Arte Español. Yo vi algunas de las pinturas que serán mostradas próximamente en París en la capilla de un seminario en Valencia. La capilla estaba construida sólidamente, pero los arcos principales bajo los cuales las pinturas estaban en cajones de embalaje habían sido más que reforzados por pilas de sacos de arena colocados encima de los pilares de concreto reforzado.

Es verdad que al inicio de la Guerra Civil, algunos anarquistas quemaron iglesias y edificios en España, a los cuales veían no como objetos de belleza, sino como símbolos de tiranía y superstición. Aún en esos tempranos momentos, ellos quitaron y reunieron los tesoros artísticos de las iglesias, los cuales han sido salvados. María Teresa León, esposa del gran poeta Rafael Alberti, me dijo que cuando el Gobierno hizo la solicitud de que los tesoros artísticos debían ser salvados, estaban avergonzados por la cantidad de cosas, algunas buenas, otras basura, que fueron entregadas. Inocentemente y con ilusión, la gente ve los tesoros artísticos de España como su propia herencia. El empeño con que, durante un terrible sitio, bajo bombardeos, en un tiempo de hambre y penuria, la Junta del Tesoro Artístico reunió, ordenó y catalogó meticulosamente los objetos que vimos en la grandiosa iglesia, muestra la misma seriedad que la de ese chico que apasionadamente me prohibió darle dinero a la mendiga, así como la de las mujeres de Minglanilla, quienes nos recibieron con lágrimas y nos pidieron que uno de nosotros hablara con ellas en español, sólo para mostrar que nosotros entendíamos su situación. La gente que habla el lenguaje de la guerra y los armamentos está mirando la victoria con anticipación de

un mes, quizá de un año. Pero la gente que educa a los soldados en las trincheras, que reúne los tesoros artísticos de la nación porque tienen un valor para todos los países democráticos, no está esperando un mes o un año, sino un futuro en el que todas las generaciones sean liberadas, no por armas de fuego, sino por la gran tradición de la pintura y la literatura españolas.

Aznar Soler, M. (Ed.). (2018). *Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (València-Madrid-Barcelona-París): Actas, discursos, memorias, testimonios, textos marginales y apéndices*. Ed. Alfons el Magnànim.

pags. 771-773